ASTRAGALO, 07 (1997)
Attribution-NonCommercial-ShareAlike - CC BY-NC-SA
Article, ISSN 1134-3672
https://dx.doi.org/10.12795/astragalo.1997.i07.04

CUADRÍCULA Y SEÑAS DE IDENTIDAD DEL PATRIMONIO IBEROAMERICANO*

Fernando de Terán
Profesor-arquitecto. Director del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio de la ETSAM. Universidad Politécnica de Madrid.

La cuadrícula como modelo característico de ciudad en el contexto colonial americano representa lo permanente y lo legible como espacio urbano identificándose con sus valores y constituyendo el paradigma para realidades futuras.

En diversas ocasiones, el Patrimonio Histórico y Cultural de la Comunidad Iberoamericana ha sido objeto de interesantes y variados debates y reflexiones. Y ello ha sido posible hacerlo de modos muy diversos, ya que existe un conjunto muy rico de elementos que forman ese Patrimonio. Elementos tan heterogéneos y variados como arquitectura, monumentos y centros históricos, pero también pensamiento, lengua y universidad.

Con mucha menos frecuencia se ha añadido a ese conjunto un hecho cultural de primera magnitud y profunda repercusión, como es la creación de un estilo propio de ciudad y su desarrollo múltiple, como empresa y experiencia colectiva de toda la Comunidad. Un estilo de ciudad que, si bien tiene claras sus raíces en la tradición ibérica[1] y, como dice el gran maestro argentino Hardoy, «responde a una idea cultural europea traída desde España a América»[2], lo cierto es que no alcanza su plenitud hasta que se desarrolla en tierras americanas, como una creación histórica nueva, original y propia de allí y de entonces, y constituye uno de los rasgos culturales que presta hoy una mas inequívoca unidad a todo un conjunto de países que, también por ello, son una Comunidad.

Una de las primeras veces que esta constatación dio origen a una reflexión colectiva, sistemática y coordinada fue en 1985, con ocasión de la puesta en marcha del proyecto de investigación colectivo «Cuadrícula», que a través del estudio de casos concretos evaluaba

* Este texto corresponde a la conferencia pronunciada por el autor, el día 8 de mayo de 1997, en Alcalá de Henares, durante la celebración de las Primeras Jornadas Iberoamericanas de ICOMOS (3-9 de mayo 1997), organizadas por el Instituto Español de Arquitectura de la Universidad de Alcalá.

el papel de un modelo de ciudad común, en la construcción de la realidad urbana de un continente y las cualidades del mismo, como forma de organización del espacio[3].

Posteriormente, una importante exposición ponía a su vez de manifiesto dos hechos muy significativos: por una parte, que la Ciudad Hispanoamericana era algo más que una realidad histórica concreta (la realidad de cada una de las ciudades fundadas en América por España), ya que, en verdad, cada una de esas ciudades era una manifestación particular de una aspiración general: «el Sueño de un Orden». Y, por otra, que esa realidad continuó creciendo y desarrollándose después, sin la presencia de España, manteniendo, en medio de los cambios y de las transformaciones, una gran fidelidad a muchas de las características constitutivas originarias. Fueron prolongadas las cuadrículas primitivas, se multiplicaron las manzanas iniciales, se transformó el estilo arquitectónico, la forma y manera de los edificios, pero no la forma de la ciudad, dada por la trama crecedera y permanente[4]. Como ha señalado el arquitecto e historiador uruguayo Mariano Arana, alcalde durante muchos años de Montevideo, «algunos elementos característicos del urbanismo indiano se convirtieron en dispositivos consuetudinarios y sobrevivieron en la época republicana, prolongándose incluso en muchos países por vía de su convalidación legal»[5]. Así lo corroboran infinidad de trabajos realizados por estudiosos de aquellos países, como puede leerse, por ejemplo, en el realizado en la Universidad de Córdoba (Argentina): «El trazado en cuadrícula con que se llevó a cabo la urbanización colonizadora hispánica en el territorio americano constituyó no sólo el instrumento inicial del proceso de urbanización sino el modelo urbanístico del crecimiento histórico posterior de las ciudades coloniales y del proceso de ocupación territorial independiente, caracterizando la fundación de nuevas ciudades y la extensión de las fundacionales hasta nuestros días»[6].

Idea de ciudad

Y esto es lo que se pone de manifiesto a través de unas señas de identidad propias, características, identificadoras, comunes a todas esas ciudades, por muy alejadas que estén unas de otras en el espacio, y por mucho que haya pasado el tiempo sobre ellas. Unas señas de identidad que identifican todavía inequívocamente al Patrimonio Urbano Iberoamericano. Unas señas que hay que buscar, no sólo más allá de la arquitectura, y más allá de los monumentos, sino más allá también, incluso, de eso que llamamos centros históricos, porque algunas de ellas están presentes en toda la ciudad, incluidas sus formaciones de los siglos XIX y XX, que ya no pueden llamarse hispanoamericanas, sino republicanas, poscoloniales, nacionales, o como se quiera. Y esas señas de identidad, permanentes en gran medida, a pesar de los cambios, a las que se puede hacer responsables directas de un modo de ciudad, de una forma de ciudad, de un estilo de ciudad, merecen ser consideradas como parte valiosa del Patrimonio Histórico y Cultural de la Comunidad Iberoamericana, porque forman tanto un modelo abstracto y general de ciudad, un tipo urbanístico perfecta-

mente identificable dentro de la historia de la teoría urbanística, constituyendo una aportación cultural de primera magnitud, como también un enorme conjunto de realizaciones materializadas de ese modelo, en cientos de ciudades reales, en las cuales se manifiesta casuísticamente. Sí, más allá de la arquitectura, más allá de los monumentos, más allá de los centros históricos, hay una idea común de ciudad, una misma forma de ciudad, un estilo propio de ciudad. Y hasta podría decirse con el colombiano Jaime Salcedo que, «a diferencia de las ciudades europeas, que crecieron y se desarrollaron en función de la arquitectura, estas ciudades fueron, antes que nada, idea de ciudad, y sólo con el tiempo, y a veces después de mucho tiempo, llegaron a ser verdadera arquitectura»[7].

Forma y estilo

Pero la apreciación del carácter patrimonial de un estilo de ciudad, la constatación de que un estilo de ciudad puede ser parte importante de un patrimonio cultural, no es tan obvia ni tan inmediata. Y su valoración, para su preservación como tal bien patrimonial, requiere reconocer, identificar o simplemente ver ese estilo a través de sus señas de identidad.

Acostumbramos a ver siempre la ciudad a través de la arquitectura. Y ocurre frecuentemente por ello que, como los árboles respecto al bosque, a veces los edificios no dejan ver la ciudad. Recordemos la herencia cultural de la que venimos en estas materias de la preservación, con su renuente tardanza en reconocer la necesaria consideración del monumento inserto en el entorno y del entorno referido a la ciudad.

Acostumbrados a buscar la forma, el modo o el estilo a través de la arquitectura, se puede llegar a no descubrir forma o estilo en la ciudad. Hay una frecuente incapacidad para comprender lo que es un estilo de ciudad cuando sólo se ve la ciudad a través de la arquitectura. Acostumbrado a ver la ciudad y a buscar su forma, con aquella penetrante mirada que se detiene en las portadas blasonadas, en los balcones y balaustradas, en las cornisas molduradas, en las arquerías de los patios, en los herrajes y los vidrios de colores, y también, cómo no, en las legiones de columnas de variados capiteles, Alejo Carpentier decía aquello tan sibilino: «Nuestras ciudades no tienen estilo. Y, sin embargo, empezamos a descubrir ahora que tienen lo que podríamos llamar un tercer estilo: el estilo de las cosas que no tienen estilo»[8]. Ante lo cual no puedo dejar de preguntarme: si estilo es, según el diccionario, modo, manera o forma, ¿cómo puede decirse que nuestras ciudades no tienen estilo?

Pero pido perdón, porque acabo de decir yo también «nuestras ciudades», lo que me suscita una duda que quiero compartir con ustedes. Permítanme por ello que haga un paréntesis, antes de seguir con esto de la forma y el estilo. Cuando dice Carpentier «nuestras ciudades», ¿a qué ciudades se refiere? ¿A las ciudades de dónde y de quién? ¿Son las ciudades de Cuba? ¿Son las ciudades del Caribe? ¿De la América que colonizó España? ¿De toda América?

No me parece aventurado sospechar que, voluntaria o involuntariamente, el gran escritor está haciendo un uso de «nuestras ciudades» paralelo al que se hace de esa expresión «Nues-

tra América», que se está extendiendo ahora con fortuna. Inventada, al parecer, por José Martí a finales del siglo pasado, dentro del proceso de cimentación intelectual del poscolonialismo y, como certeramente ha señalado Fernández Retamar, formando parte del lúcido manifiesto a favor de la modernidad de la América meridional, vendría a designar el vasto y diverso conjunto de pueblos y territorios del llamado Hemisferio Occidental, excluidos los Estados Unidos y el Canadá, una vez que se formularon objeciones y reservas sobre el uso de «Iberoamérica» y «Latinoamérica»[9]. Pero a mi modo de ver, esa expresión, «Nuestra América», plantea un problema que limita su uso universal, ya que ese uso se encuentra ligado estrechamente a una noción de pertenencia. Entonces, ¿quién puede usarla debidamente? «Nuestra América», como designación de una realidad geográfica y cultural, ¿permite ser utilizada por quienes no pertenecen a ella?, ¿o por aquellos a quienes ella no pertenece? Y si la usamos los españoles, ¿no aparecerá, además, cargada de ridículas resonancias imperialistas?

De la misma manera, ¿podemos todos decir «nuestras ciudades», para designar precisamente a las ciudades de «Nuestra América»?

Dejemos por ahora que el tiempo vaya aclarando estas cuestiones, y volvamos a esas otras cuestiones, más asequibles, de la forma y el estilo. Y volvamos entonces a preguntarnos: ¿cómo se puede hablar de la ausencia de estilo, si estilo va ligado a forma? Ello nos lleva, a su vez, a volver a insistir en la necesidad de mirar a la ciudad con una mirada que pasa sobre la arquitectura, que va mas allá de la arquitectura, para poder percibir entonces la personalidad de la forma urbana. La acusada y peculiar configuración espacial que identifica a la mayoría de «nuestras ciudades» (permítanme que yo también las llame así). Esa conocida forma de organización característica, globalmente identificable desde el aire, parcialmente aprehensible de modo directo al moverse dentro de ella. Algo que está, efectivamente, más allá de la arquitectura, que es más que la arquitectura, porque se refiere a todo el espacio: el macizo construido, formado por los edificios y el vacío o hueco que queda entre ellos.

Y ésta, la de estas ciudades, es una configuración tan potente y clara, que condiciona y marca rotundamente la forma de percepción del espacio y determina una idea precisa de ciudad para quienes desarrollan en ella sus vidas. Una configuración tan característica, tan propia de «nuestras ciudades», que llega a producir una sorprendente identificación entre ella misma y la condición de americanidad para los ciudadanos de «Nuestra América». Nadie lo ha expresado con tanta penetración como el escritor chileno Rojas Mix, en unos párrafos ya antológicos, en los que describe el momento en que descubre cómo para él el hecho de ser americano está íntimamente relacionado con la forma de ciudad que conoce y le es habitual, porque es la forma de todas las ciudades de su país y hasta de su continente:

«Mi condición de americano se manifestaba con una connotación urbanística. Me bloqueaba para concebir otras calles que no fuesen las

rectas u otro tablero urbano que no fuese el diseñado en damero. Descubrí entonces que aquella orientación que siempre me había parecido tan natural, que esa especie de instinto para encontrar el camino no era un producto de un sexto sentido sino la resultante de una serie de coordenadas lógicas (ideo-lógicas) que me había suministrado mi entorno. He descubierto luego –pues aquel día, perdido en el laberinto de la racionalidad ajena, no continué la reflexión– que esa imagen urbana que llevaba conmigo y que me impedía comprender la organización de la ciudad europea era el resultado de circunstancias sociales e históricas que yo había mitificado y transformado en naturaleza (la había transformado en la ciudad-en-sí)»[10].

Es esa misma identificación de «nuestra ciudad» con una forma histórica muy precisa de ciudad, la que aparece, repetidamente, en múltiples manifestaciones culturales de aquellos países. Así ocurría en ocasión del Tercer Congreso Latinoamericano del Ambiente. En el texto de la convocatoria podía leerse llamativamente: «La ciudad en cuadrícula es nuestra ciudad, la de Argentina y casi toda Latinoamérica. Su valor futuro es la vigencia o no de un estilo de convivencia»[11]. Y en un valioso trabajo de la Universidad de Maracaibo se dice que la «cuadrícula hispanoamericana», «como experiencia colectiva de cinco siglos», ha llegado a definir «un modelo característico» que se ha transformado en «el símbolo urbano americano»[12]. Por lo que respecta a la claridad con que es percibida e identificada esa forma, recordemos tan sólo las experiencias citadas por el arquitecto Matas Colom de Santiago de Chile, según las cuales la utilización de la clásica metodología de Lynch para detectar el proceso de formación de imágenes mentales de lo urbano conducía en esa ciudad a representaciones centradas exclusivamente en la parte cuadricular de Santiago, permaneciendo el resto de la ciudad en una confusa indefinición[13].

Monotonía

Pero además, por otra parte, está claro que se trata de una forma de ciudad que, debido a la positiva valoración que se hace en todo el mundo de muchos de sus componentes, merece creciente atención no sólo como objeto de cuidado en su realidad existente, sino también como modelo de proyecto para realidades futuras. Así se puso de manifiesto en el Seminario Internacional celebrado en Salamanca en 1992, donde se vio que esa permanencia había desafiado incendios, terremotos, inundaciones, automóviles y ferrocarriles, modernas técnicas de edificación, arquitectos, planificadores, especuladores e incluso nuevas leyes, y se había instalado en el imaginario colectivo de «Nuestra América», constituyéndose en paradigma inequívoco de lo urbano, pasado, presente y por venir[14].

Pero es también finalmente, y es forzoso reconocerlo, una forma de ciudad que, por causa de crecimientos hipertróficos demasiado mecánicos, simplemente repetitivos, ha producido también en muchos casos una realidad espacial insatisfactoria, vacía de sentido, en el que esa acusada y característica configuración puede ser negativamente percibida, como frecuentemente se ha hecho por los detractores de este

estilo de ciudad, que sólo alcanzan a percibir su monotonía. Así lo expresan, no sin humor, los versos de Alfonsina Storni, la poetisa argentina que finalmente no pudo resistir las interminables cuadrículas de su ciudad y huyó trágicamente por el Mar del Plata adentro:

> Casas enfiladas, casas enfiladas,
> casas enfiladas.
> Cuadrados, cuadrados, cuadrados,
> casas enfiladas.
> Las gentes ya tienen el alma cuadrada,
> ideas en fila
> y ángulo en la espalda.
> Yo misma he vertido ayer una lágrima,
> Dios mío, cuadrada[15].

Y es que esas reiteraciones abrumadoras que han llegado a formarse, reproduciéndose en todas direcciones, más allá de los umbrales de la percepción y de la comprensión del espacio, pueden llegar a aparecer como manifestaciones de la pérdida de la forma. Como en una galería de los espejos de Borges, en la que se multiplicase indefinidamente una imagen, perdiéndose toda interrupción, todo descanso, toda referencia proporcional. ¿Es ésta la forma de lo que no tiene forma? ¿Es éste el estilo de lo que no tiene estilo? Sí, seguramente era por ahí por donde apuntaba Carpentier.

Y es que no se puede olvidar como ha sido el proceso histórico de formación y desarrollo de estas ciudades, que en grados diversos han pasado por unas etapas sucesivas bien diferenciadas.

Diversidad

Inicialmente se organizaron reticularmente, sobre unas pocas filas de manzanas cuadrangulares, alrededor de una plaza también cuadrangular, que focalizaba funciones de centralidad y reunía los elementos emblemáticos. El tipo así definido era rico en variantes de mayor o menor regularidad de trazado, y también dimensionales y de disposición de elementos secundarios, como plazas menores, iglesias y conventos. Ello era función de las condiciones naturales de cada lugar, de las características socio-económicas en que se desarrollaba el rol de cada caso y de las peripecias históricas acumuladas por cada ciudad en su propia evolución particular. Todas ellas alcanzaron una situación que podría llamarse de «madurez colonial» en el período postfundacional, que duró mientras permanecieron las condiciones generales preindustriales.

En momentos posteriores, estas ciudades debieron adecuarse a nuevas situaciones muy diferentes, por lo que se produjeron en ellas alteraciones importantes, cuantitativas y cualitativas. La cuadrícula inicial creció hacia fuera manteniendo sus propias características formales y dimensionales. Se produjeron sobre ella densificaciones sectoriales excesivas, con verticalizaciones fuera de escala, y, desde luego, con procesos de sustitución de edificación y cambios bien marcados de estilos arquitectónicos. La ciudad empezó entonces a hacerse polifocal, agotadas las posibilidades de una única centralidad, apareciendo nuevos focos de actividad generados por las nuevas condiciones económicas. Paralelamente se fue produciendo también, en mayor o menor grado, la pérdida de valores simbólicos, aunque permaneciesen muchos de los grandes contenedores monumentales que los

albergaban, que siguieron pautando, enriqueciendo y cualificando el espacio.

Y se entró finalmente en una etapa de desarrollo muy expandido, claramente polinuclear, a veces con piezas heterogéneas, pero casi siempre bastante uniforme, dentro del cual la ciudad colonial inicial, densificada y arquitectónicamente transformada, queda rodeada por extensiones realizadas mayoritariamente con la misma organización reticular, con manzanas del tamaño y proporción de las iniciales, que, a medida que se alejan del centro, se hacen más porosas y menos compactas, diluyéndose en periferias de edificación difusa. Con ello, esta ciudad ingresa en la problemática actual de la ciudad contemporánea, conservando sin embargo una personalidad particular, dada por la permanencia de algunos de sus más importantes elementos constitutivos, como sus monumentos, su centro histórico y su propia organización cuadricular, que sigue configurando una idea de ciudad, una forma de ciudad, un estilo de ciudad, y sigue siendo por ello una de sus más potentes señas de identidad.

Señas de identidad

Es esta inclusión de la forma de la ciudad, de un estilo de ciudad, entre los elementos y las características patrimoniales que deben ser valorados y protegidos, lo que puede proporcionar un buen apoyo a ese enfoque de protección integral del medio urbano, que viene a suceder a la forma restringida, «monumentalista», de entender la defensa del patrimonio, y también para su inserción en las tareas generales de planificación de la ciudad.

Ciertamente que ya quedan bastante lejos, como referente cultural, las actitudes que durante tanto tiempo prolongaron la herencia irreverente de los CIAM, en cuyo nombre, tantos «planes reguladores» propusieron operaciones arrasadoras escalofriantes, o simplemente normas discretas, pero eficazmente demoledoras, para regularización y ensanchamiento viario. Ciertamente que la cultura urbanística de las últimas décadas se ha caracterizado por el descubrimiento de la importancia de la ciudad histórica y de las formas de tratarla. Y que, por su parte, la arquitectura ha descubierto también su nueva dimensión, y la importancia del contexto, del ambiente, del peso condicionante y estimulante de las preexistencias circundantes, que ya no pueden ser ignoradas al concebir un proyecto que ya no puede ser insolidario con ellas. Así, como es sabido, se ha llegado incluso a la posición extrema de considerar toda intervención en la ciudad necesariamente como continuación de la ciudad antigua, de modo que sólo puede ser desarrollada a partir de la propia lógica formal de ésta, y siguiendo sus propias leyes morfogenéticas. Lo cual, independientemente de que haya podido proporcionar algún resultado interesante, como es el caso de alguna conocida experiencia italiana realizada con calidad y rigor, no parece exigencia generalizable, ya que, a nivel de manzana o de fragmento urbano, se vuelve a plantear buena parte de la discusión sobre la imitación mimética habida en el plano arquitectónico, y llevaría incluso a considerarar el posible tema del «pastiche urbanístico».

No, no hay que llevar las cosas a esos extremos. Basta con captar bien la importancia del conjunto de las señas de identidad para jugar dentro de

ellas y, a partir de ellas, dimensionar bien la relación entre acción y preservación. Ello permitirá establecer un tipo de intervención más urbanístico que arquitectónico. Frente a una intervención basada sobre todo en acentuar puntualmente los elementos más significativos, para reavivar el discurso histórico más evidente, resaltando hitos singulares de memoria colectiva, se trataría de una intervención más extensa y difusa que se fija en elementos menos llamativos, porque entiende que el significado está en el conjunto más que en las singularidades. En ese sentido es destacable el acierto pleno de la Carta del ICOMOS, al preconizar explícitamente la defensa y preservación de las tramas urbanas.

Pero como ocurre con la arquitectura, y más aún que con la arquitectura, no se puede olvidar la necesidad de mantener viva y en funcionamiento a la ciudad. La intervención protectora y la acción de preservación no se justifican si no tienen en cuenta la vida humana, que se desarrolla en el interior de esos espacios. No se trata de planteamientos estéticos o de intereses arqueológicos. Por eso, el esfuerzo justificado de velar por los valores patrimoniales (entendidos en el amplio sentido urbanístico en que venimos haciéndolo) que se manifiesta a través de las operaciones de conservación y rehabilitación, se da la mano con la otra gran actividad, con la que siempre debió ir unida, que se vuelca sobre la ciudad entera y mira hacia su futuro. Esa actividad, el planeamiento, que construye no sólo el proyecto de la ciudad existente, sino también el proyecto de lo que puede llegar a ser la ciudad que todavía no existe. Y que para llegar a existir, de la mejor manera posible y adquiriendo la forma que le corresponde, requiere una cuidada reflexión, culturalmente bien cimentada y arraigada sobre el conocimiento de la identidad de la ciudad existente. Porque esa ciudad existente, la ciudad antigua, la ciudad del pasado, es, en gran medida, la ciudad de un futuro que está todavía por escribir. Como dijo el poeta,

ni el pasado ha muerto,
ni está el mañana –ni el ayer– escrito[16].

NOTAS

[1] El debate sobre la posible influencia del urbanismo indígena precolombino sobre la concepción de la ciudad colonial hispanoamericana no está cerrado ni es fácil de cerrar, puesto que lleva en sí una importante carga ideológica. Pero trabajos como los del argentino Hardoy, el chileno Guarda y el colombiano Salcedo ponen en serias dificultades las tesis nunca demostradas, que sostienen que tal influencia fue muy significativa «como los americanos nos sentimos tentados a creer», según dice Jaime Salcedo en uno de los mas completos estudios sobre el tema: «El modelo urbano aplicado a la América española: su génesis y desarrollo teórico práctico», contenido en *Estudios sobre Urbanismo Iberoamericano*, Publicación de la Junta de Andalucía, Sevilla, 1990.
Lo más sensato parece ser pensar que la superposición de trazados españoles sobre trazados indígenas ortogonales (en los casos en que éstos lo eran) pudo contribuir poderosamente a facilitar la ortogonalidad del resultado, e incluso que la definitiva configuración del modelo pudo encontrar en el espacio indígena elementos que la nutrieron. Pero, en cualquier caso, parece claro que el modelo completo de la nueva ciudad hispanoamericana ni fue llevado de España a América totalmente preparado, ni estaba ya antes allí.
Pueden verse al respecto, además del citado trabajo de Salcedo, los siguientes: Gabriel Guarda, «Santo Tomás de Aquino y las fuentes del urbanismo indiano», en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, XXXII, 72, Santiago de Chile, 1965; Jorge E. Hardoy, «La influencia del urbanismo indígena en la localización y trazado de las ciudades coloniales», en *Ciencia e Investigación*, XXI, Buenos Aires, 1965; *El modelo clásico de la Ciudad Colonial Hispanoamericana*, Buenos Aires, 1968; «La

forma de las ciudades coloniales en la América española», en *Estudios sobre la Ciudad Iberoamericana*, Madrid, 1975.

[2] Jorge Enrique Hardoy, *Cartografía urbana colonial de América Latina y el Caribe*, Buenos Aires, 1991.

[3] El Proyecto «Cuadrícula», que puse en marcha en 1985, patrocinado inicialmente por el Instituto de Estudios de Administración Local desde Madrid, y posteriormente por el Ayuntamiento de Salamanca, y realizado por equipos de cada ciudad, examina coordinadamente con metodología y dirección unitarias la evolución histórica y la situación actual de Camagüey (Cuba), Cartagena de Indias (Colombia), Córdoba (Argentina), Cuenca (Ecuador), Guadalajara (México), La Habana (Cuba), La Paz (Bolivia), La Rioja (Argentina), Maldonado (Uruguay), Mendoza (Argentina), Mérida (Venezuela), Puebla (México), Rosario (Argentina), San Juan (Argentina), San Luis (Argentina), Santiago de Cuba (Cuba), Talca (Chile), Tucumán (Argentina) y Zipaquirá (Colombia). Trata de verificar la validez del modelo común a través del estudio de casos concretos, que han diversificado su uso en sus particulares aventuras históricas, al tiempo que la comparación permite observar coincidencias y repeticiones de comportamiento y extraer conclusiones valorativas generales. Aunque está prácticamente terminado, permanece inédito por dificultades surgidas en la realización de un empeño tan ambicioso.

[4] En 1989, por encargo del Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo de España, con la valiosa ayuda de Javier Aguilera y la colaboración de un grupo de cualificados investigadores, dirigí la concepción y montaje de la Exposición «La Ciudad Hispanoamericana, el Sueño de un Orden», que después de su presentación en Madrid viajó por numerosas ciudades españolas y americanas. También fue inaugurada en París en 1992.

[5] Mariano Arana y otros, «Las Leyes de Indias en la urbanización de la banda oriental», en *Actas del Seminario Internacional sobre la Ciudad Iberoamericana*, celebrado en Buenos Aires en 1985. Publicación de CEHOPU, Madrid, 1987.

[6] M.ª Elena Foglia y otros, *La Cuadrícula en el desarrollo de la Ciudad Hispanoamericana. El caso de Córdoba*. Universidad de Córdoba (Argentina), 1987.

[7] Jaime Salcedo: *Op. cit.* Ver nota 1.

[8] Alejo Carpentier, *Tientos y diferencias*, La Habana, 1982.

[9] Roberto Fernández Retamar, «Pensamiento de Nuestra América: autorreflexiones y propuestas», en *Casa de las Américas*, n.º 204, La Habana, 1996.

[10] Miguel Rojas Mix, *La Plaza Mayor*, Barcelona, 1978.

[11] Tercer Congreso Latinoamericano del Ambiente. Universidad de Belgrano, Buenos Aires, 1987.

[12] Edgardo Ibáñez y otros, *La Cuadrícula en el desarrollo de la Ciudad Hispanoamericana. El caso de Maracaibo*. Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela, 1989.

[13] Jaime Matas Colom y otros, *Las ciudades de la ciudad*, Santiago de Chile, 1987.

[14] Seminario Internacional «La Cuadrícula en la Ciudad Hispanoamericana. Un modelo urbano permanente», Salamanca, 1992.

[15] Alfonsina Storni, «Cuadrados y ángulos», en *Obra poética*, Buenos Aires, 1952.

[16] Antonio Machado, «Campos de Castilla. (El dios ibero)», en *Obras completas*, Madrid, 1965.

Tráfico de personas en bicicleta, Shangai.